

Contemporánea

**JORGE  
VOLPI /  
ELOY  
URROZ**

**Dos  
novelitas  
poco  
edificantes**



**DEBOLSILLO**

Jorge Volpi  
Eloy Urroz

Dos novelitas poco edificantes

**DEBOLSILLO**

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Eloy Urroz

## Herir tu fiera carne

A Ocho y Rafa

*Sólo amamos aquello en que buscamos algo inasequible,  
sólo amamos lo que no poseemos.*  
MARCEL PROUST, *La prisionera*

## I

## LA PORNOGRAFÍA

Nací en la época en que la pornografía era un bien público, un placer consuetudinario al que todos los hombres tienen un derecho inalienable. Se la encontraba en quioscos, videoclubes y en las calles. La pornografía era, gracias al cielo, todavía sagrada y se la hallaba en cualquier lugar profano —una tentadora paradoja. Pocos hombres en muy pocas épocas, creo, han tenido la fortuna coyuntural que yo tuve: encontrar pornografía fácilmente y *entender* que con ella se ingresa, de pronto, en el maravilloso templo de las Furias. Por ejemplo, descubro cómo miles de niños de las ciudades crecieron con la pornografía como si se tratara de un juguete. A ellos, a los quince años de edad, ver contorsionarse a las mujeres les aburre. Lo entiendo. El sexo, la imaginación, las perversiones o el sadomasoquismo no son ningún templo y tampoco significan nada. El amor y su profanación son el acto más espurio que existe, uno de los hechos más nimios de la vida, como lavarse las manos o comerse una ensalada. La pornografía, para ellos, no guarda misterio.

Los prostíbulos, los cabarets, los *sex shops*, están en su peor momento. Dedicarse a la prostitución no es el mismo negocio que era antes, el que defendían Larsen, Anselmo o incluso Tereza Batista. Las putas sobreviven la hambruna gracias a clientes viejos, rutinarios. Ellos, más que agrado, sienten conmiseración por ellas, incluso a veces las consue-



lan. Las putas no desvirgan a ningún adolescente de catorce o quince, pues sus novias los desvirgan antes... sin cobrarles un centavo. Los jóvenes prefieren ver películas de guerra, violentas y proteicas, antes que filmes donde la pornografía rebasa la pantalla. Si una horripilante escena semierótica y ridícula interrumpe la acción de los bandidos, los niños toman el control de la videocasetera y la adelantan —con toda razón. Me inclino a pensar que Estados Unidos tiene que ver en ello. Nada menos parecido al verdadero arte porno que la asepsia puritana de los gringos, nada menos nauseabundo que las colegialas mostrándole el culo al director el día de fin de curso en un acto que no es sino ingenua rebeldía, ingenuo desacato. Hace muchos años perdieron la noción del arte porno, o quizá nunca la tuvieron. El sexo con condón (sin requiebros y juegos) que ellos promueven, ha debilitado la imaginación tanto como miles de argumentos soporíferos han devastado la inteligencia de millones de niños.

Todavía lo recuerdo: no hubo ritual más hermoso en mi adolescencia que el viaje en auto hacia el prostíbulo a los trece años, el momento en que veía desvestirse a la puta frente a mis ojos, sola, inmarcesible, para mí. Sabía, de algún modo intuitivo, que ingresaba a un santuario ardiente donde la malicia de la carne era el primer motor, el verdadero vehículo de todos mis actos. En cambio, los actos sexuales de los niños de trece años han perdido hoy cualquier significado: sus primas o vecinas los desvirgan justo cuando han tenido su primera erección, las mujeres desnudas de la tele son el objeto más anodino del mundo. No existen los requiebros del alma, tampoco existe el mal o el bien, el pensamiento dual (esa salutífera enfermedad platónica) se reduce a la Nada, al sinsentido, acaso a la violencia como único vehículo de satisfacción, como único modo de llegar al orgasmo. Los prostíbulos no reciben a nadie menor de cincuenta años, ¿quién diablos va a querer dormirse por dinero cuando en el parque, a mediodía, puedes en-

contrar quién te haga una buena felación? El precioso don del cielo que fue, en alguna época, pagar por tener sexo, se ha diluido, se ha desgastado, no guarda ningún acicate para un muchacho de quince o dieciocho años.

Tuve la suerte, dije, de nacer en una época en que la pornografía era un bien público. Ésa fue mi suerte, no la de otros: ni los más viejos la tuvieron y menos los más jóvenes. Hace treinta o cuarenta años, un adolescente que deseaba acostarse con alguien, pasaba el peor vía crucis antes de lograr su objetivo. Luego de consumarlo, era aún peor: volver a encontrar a la tía soltera o a la sirvienta dispuesta a hacer un favor al niño era un milagro de Dios, conseguir la estratosférica cantidad para dársela otra vez a la misma prostituta, imposible... Cuando por fin se conseguía el dinero, la puta había emigrado, nos había traicionado yéndose con otros, cosa (por cierto) muy difícil de aceptar a cierta edad. Hoy, un adolescente que desea acostarse con una prostituta... sencillamente no existe, prefiere otro entretenimiento, otro gozo. No es que les guste el béisbol como antes, simplemente prefieren robar o matar a alguien... como hacen los héroes de las películas, como hicieron los estudiantes de Columbine.

Cuando dije que la pornografía era sagrada, quise decir que lo es para los que nacieron antes que yo: mi padre, mi abuelo, por ejemplo. Para mi hermano de diecisiete no lo es. Para mí, en cambio, sí lo es y, a diferencia de mi abuelo y mi padre, la pornografía la tengo al alcance de la mano. No necesito buscarla, allí está, saludándome, esperando que la explote y ella me explote a mí en una suerte de perfecto y perverso contubernio. Ambos somos clientes que *entendemos* el sagrado acto de pagar para espolear nuestra imaginación.

||

## ÚRSULA

En aquellos días, yo era un cliente asiduo de la pornografía. En realidad siempre he sido un cliente asiduo, ferviente, un adicto. Nunca imaginé encontrarme con otro paliativo, otra adicción, que lograra suplir ese vicio. Y lo hallé: el infierno de los celos y el amor. A Úrsula la conocí un viernes, un día después de haber asistido (como solía, cada vez que tenía un poco de dinero) a uno de esos antros en la avenida Insurgentes donde una mujer sin ropa se contorsiona encima de ti y la mayoría llama, eufemísticamente, *table dance*.

Eran las doce y diez o doce y cuarto, hacía mucho calor, recién salía de mi clase de latín, cuando de coche a coche la miré: sentada frente al volante, comiendo algo, poco decidida a arrancar. Aunque era rubia (siempre he detestado a las rubias), di marcha atrás al coche y la miré con cinismo, dispuesto a irme nada más volteara y contemplara sus horribles facciones. Ella, creo, no se percató: concentrada como estaba en meter la cuchara de plástico en el fondo del vaso y escarbar las últimas minucias del yogur. Por fin, giró: no tenía horribles facciones, en absoluto. Le sonreí, ella sonrió y entonces decidí bajarme. Estacioné el auto como pude y me acerqué. Realmente no parecía sorprendida.

—Hola —dije aproximándome a la ventanilla.

—Hola —se giró, me miró el tiempo suficiente que una mujer requiere para saber si el tipo es de su agrado o no lo es: un instante. Luego continuó en su vaso de yogur como si yo no le importara demasiado, como si se tratara de un cliente más.

—¿Cómo estás? —pregunté por decir algo, una frase intermedia antes de ir al grano.

—Bien —dijo sin voltear a verme, lacónica, concentrada en su cuchara y sin preguntarme lo mismo; por ejemplo, “¿y tú?”, pues casi hubiese sido (saliendo de sus labios) un exceso, una evidencia para quien, se veía a leguas, era orgullosa, exageradamente prendada de sí.

—¿Cómo te llamas?

—Úrsula —por fin me miró contrarrestando así la declaración de aceptación que, de manera oblicua, había mostrado al darme el nombre.

Jamás preguntaría el mío, lo sabía. Se lo dije:

—Yo me llamo Bernardo.

Desde ese momento Bernardo no era un victimario sino una víctima de Úrsula. Desde ese momento Bernardo había firmado los siguientes cuatro meses de infierno sin imaginarlo: al igual que Gilberto Owen, su poeta predilecto de entonces, Bernardo iría a tocar fondo en el amor.

—Oye, ¿por qué no me das tu teléfono y un día de éstos nos vemos? —dije de memoria, tal y como solía hacer.

Úrsula parecía completamente segura de lo que hacía, nunca la noté sorprendida, asombrada. Accionaba con parsimonia y sin error. Por eso digo que estaba allí *desde hace siglos*, aguardándome, pidiendo que firmara mi predestinada condena a su lado.

—¿Tienes con qué apuntar?

Bernardo fue al auto, abrió su portafolios y sacó una pluma de tinta azul. Volvió a donde estaba Úrsula. Esta vez, él lo notó, ella lo miraba a través del espejo retrovisor.

—¿Sí? —dije, exigí, apremié: todo lo que implica el monosílabo pronunciado tal y como yo lo pronuncié.

—5 16 75 66 —recitó, salmodió lo suficientemente clara, explícita, para que yo no me equivocara.

Bernardo, el testarudo, se sintió halagado.

—Te llamo —le dije, volví a mi auto seguro de que otra vez ella me miraba por el espejo retrovisor: tal vez iba midiéndome las nalgas.

Lo más curioso, si ahora lo pienso, es que en dos semanas nunca la llamé. Normalmente lo hago de inmediato. En realidad me olvidé de ella. Salía con alguien más (seguro alguna chica más interesante) al tiempo que cumplía mi fascinante y enfermiza rutina: la pornografía, el onanismo y sus múltiples posibilidades.

Aunque algunos piensan que la pornografía, a diferencia del erotismo, se agota y recurre a estereotipos muy bien identificados, yo creo, al contrario, que ella guarda una suerte de misterio parecido al de la eucaristía o la confesión. Es decir, se trata (mal que bien) de un ritual, de la repetición *ad infinitum*, del arcano apenas entrevisto, luego fácilmente agotado y otra vez vuelto a sentir, a vivir con el alma y el cuerpo.

A Úrsula la llamé por aburrimiento. Cuando ella lea estas páginas no lo va a creer, pero es verdad: la llamé uno de esos días en que uno se cansa de no hacer nada, de perder el tiempo en la facultad, de leer la soporífera *Clemencia* de Altamirano. Increíblemente (al menos eso a mí me pareció) Úrsula llevaba aguardando *el mismo tiempo que transcurrió desde que la hubiera conocido*; es decir, era como si ella hubiera estado esperándome hace siglos. Luego descubrí mi error. Úrsula podía hacer que un hombre se jactara de sí mismo sin que se percatara lo más mínimo de ello; es decir, sin que ella denotara ningún tipo de predilección hacia él. Incluso sucedía lo contrario: era precisamente el tono despectivo y moroso de su voz y el gesto de su cara mohína los que hacían sentir a *cualquiera* una especie de excepción a la regla. Inevitablemente me repetía en mi fuero íntimo: "Úrsula es así, qué duda cabe, exigente, difícil, recóndita; sin embargo, en el fondo le gusto, le debo de encantar". ¡Patrañas, absolutas patrañas, sofismas y ardidés de la mente! Con todo, una cosa estoy dispuesto a jurar aunque nunca se lo hubiese preguntado: me amó, Úrsula se enamoró de mí. De un modo bastante *sui generis*, bastante difícil de aclarar, pero se enamoró de mí. Sé que suena pretencioso,

reconozco que cualquiera podría llegar a pensar que lo digo sólo por rencor, en defensa propia. Y no es cierto: Úrsula se enamoró de mí y si yo fui torturado ella también se torturó. A Úrsula también la pude torturar hacia el final.